



EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 14. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 1.º DE ABRIL DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Con sentimiento tenemos que reconocer que la batalla del 23 dada en el valle de Gualdras contra los marroquíes mandados por Muley-Abbas, ha sido, según los partes, la más sangrienta de la campaña. Encaminábase el ejército hacia el Fondac á tres leguas de Tetuan, donde se creía que se hallaban atrincherados los enemigos, cuando á la hora de camino aparecieron de repente coronando la serie de alturas de difícil acceso que limitaban por nuestro frente el valle. Las dificultades del terreno habían obligado á dejar en Tetuan la artillería rodada, privándose el ejército de ese poderoso auxiliar, que tuvo que suplir con la de montaña y la bayoneta. El general O'Donnell á pesar de la ventajosa posición que ocupaba el enemigo, no vaciló en dar la orden de ataque. La infantería desalojó á los marroquíes de posición en posición; marchas de flancos hábilmente combinada cortaron varios grupos numerosos; y otros que se vieron precisados á bajar al llano fueron lanceados y acuchillados por la caballería, que se distinguió por sus brillantes cargas. Muley-Abbas temió perder su segundo campamento como había perdido el primero, y con tiempo dió la orden de levantarlo pronunciándose con su ejército en completa retirada. Todos los cuerpos de ejército rivalizaron en decisión y arrojo, y todos merecen ser citados con encomio. Al tercero le cupo la suerte de sostener una buena parte del combate y en él se cubrió de gloria como el resto del ejército la división que manda el general Turon, cuyo retrato damos en este número, general conocido por el excelente espíritu y la rígida disciplina que sabe infundir en el soldado que le quiere y respeta como á un padre. Nuestras tropas hicieron alto en el campo de batalla para atender al cuidado de los heridos que en total fueron unos mil doscientos, aunque una equivocación en la trasmisión telegráfica hizo creer al principio que habían sido dos mil ciento. Si se compara esta pérdida con la de las acciones anteriores,

se observará que ha sido de gran consideración, lo cual indica mayor resistencia por parte del enemigo, que á su vez ha debido sufrir inmensamente. Es lo cierto que Muley-Abbas, desanimado y anhelando más que nunca la paz, envió al día siguiente nuevo mensaje pacífico al campo del general O'Donnell. El general en jefe respondió que no entraría en negociaciones si no se aceptaban las bases que últimamente tenía remitidas al caifá marroquí, esas bases sobre las cuales se formaban en la semana anterior las conjeturas de que dimos cuenta, y cuya exacta naturaleza no se sabía entonces. Aceptólas desde luego Muley el Abbas y el 25 en el valle de Gualdras se firmaron los preliminares de la paz. Inmediatamente se verificó un armisticio, y el general en jefe envió á su hermano el general don Enrique O'Donnell á esta capital, á donde llegó el miércoles con las bases estipuladas. La *Gaceta* del jueves se apresuró de orden del gobierno á publicarlas, y el documento de que se trata nos parece de bastante importancia para que dejemos de publicarlo íntegramente. Dice así:

BASES PRELIMINARES

Para la celebración de un tratado de paz que ha de poner término á la guerra hoy existente entre España y Marruecos, convenidas entre don Leopoldo O'Donnell, duque de Tetuan, conde de Lucena, capitán general en jefe del ejército español en Africa, y Muley-el-Abbas, Califa del imperio de Marruecos y Príncipe del Algarbe.

Don Leopoldo O'Donnell, duque de Tetuan, conde de Lucena, capitán general en jefe del ejército español en Africa y Muley-el-Abbas, califa del imperio de Marruecos y príncipe del Algarbe, autorizados debidamente por S. M. la reina de las Españas y por S. M. el rey de Marruecos, han convenido en las siguientes bases preliminares para la celebración del tratado de paz que ha de poner término á la guerra existente entre España y Marruecos.

Artículo 1.º S. M. el rey de Marruecos cede á S. M. la reina de las Españas, á perpetuidad y en pleno dominio y soberanía, todo el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra Bullones, hasta el barranco de Anghera.

Art. 2.º Del mismo modo, S. M. el rey de Marruecos se obliga á conceder á perpetuidad en la costa del Océano en Santa Cruz la Pequeña el territorio suficiente para la formación de un establecimiento como el que España tuvo allí anteriormente.

Art. 3.º S. M. el rey de Marruecos ratificará á la mayor brevedad posible el convenio relativo á las plazas de Melilla, el Peñon y Alhucemas que los plenipotenciarios

de España y Marruecos firmaron en Tetuan en 24 de agosto del año próximo pasado de 1859.

Art. 4.º Como justa indemnización por los gastos de la guerra, S. M. el rey de Marruecos se obliga á pagar á S. M. la reina de las Españas la suma de 20.000,000 de duros. La forma del pago de esta suma se estipulará en el tratado de paz.

Art. 5.º La ciudad de Tetuan con todo el territorio que formaba el antiguo Bajalato del mismo nombre quedará en poder de S. M. la reina de las Españas como garantía del cumplimiento de la obligación consignada en el artículo anterior, hasta el completo pago de la indemnización de guerra. Verificado que sea este en su totalidad, las tropas españolas evacuarán seguidamente dicha ciudad y su territorio.

Art. 6.º Se celebrará un tratado de comercio en el cual se estipularán en favor de España todas las ventajas que se hayan concedido ó se concedan en el porvenir á la nación más favorecida.

Art. 7.º Para evitar en adelante sucesos como los que ocasionaron la guerra actual, el representante de España en Marruecos podrá residir en Fez ó en el punto que más convenga para la protección de los intereses españoles y mantenimiento de las buenas relaciones entre ambos Estados.

Art. 8.º S. M. el rey de Marruecos autorizará el establecimiento en Fez de una casa de misioneros españoles como la que existe en Tanger.

Art. 9.º S. M. la reina de las Españas nombrará desde luego dos plenipotenciarios para que con otros dos que designe S. M. el rey de Marruecos extiendan las capitulaciones definitivas de paz. Dichos plenipotenciarios se reunirán en la ciudad de Tetuan, y deberán dar por terminados sus trabajos en el plazo más breve posible, que en ningún caso excederá de treinta días, á contar desde el de la fecha.

En 25 de marzo de 1860.—Firmado.—Leopoldo O'Donnell.—Firmado.—Muley-el-Abbas.

La *Gaceta* añade á este documento una nota manifestando que la reina, de acuerdo con el consejo de ministros, se ha servido aprobar los preliminares de paz firmados por el general O'Donnell en uso de las facultades que le estaban conferidas.

Así, pues, la guerra de Africa ha terminado, y antes de un mes se habrá hecho el tratado de Tetuan destinada á asegurar y consolidar las relaciones pacíficas.

El puerto de Santa Cruz ó *Agadir*, donde se nos cede terreno, está situado en el Océano y es el último de la sé-

rie de ellos que comenzando en el cabo de Espartel limitan por este lado el imperio de Marruecos. Se halla en la provincia de Suz, en frente del desierto: el clima es bueno y salubre en la mayor parte del año; pero en la estación calurosa suele á veces soplar el *Simun* ó viento del Zahara por espacio de veinte dias. Si dura mas de tres dias, por lo general no cesa hasta el dia sétimo; si pasa del sétimo, continúa hasta el catorce y á veces hasta el veinte y uno. Este viento suele reinar á principios de setiembre: en tales casos el calor es excesivo; el suelo quema los piés y los terrados de las casas se hienden y casi se hacen polvo. Santa Cruz, murada y fortificada en 1503 por el rey don Manuel de Portugal, fue tomada á los portugueses por los moros en 1536. Su rada es ancha, profunda y abrigada, y la poblacion en otro tiempo era un punto de comercio muy activo con los árabes del desierto y los negros del Sudan, que iban allí á buscar las mercancías europeas para el interior del Africa. La fundación de Mogador le ha quitado toda importancia; pero podría recobrarla en nuestras manos si fuera nuestra, declarándola puerto franco y colonizándola, con lo cual atraeríamos á los buques nacionales y extranjeros ofreciéndoles mas seguridad de la que hasta ahora les han ofrecido aquellas costas inhospitalarias.

En cuanto á Tetuan, una vez decidida su devolución á los moros, ó habrá que devolvérsela desde luego para evitar el gasto de conservacion, ó habrá que estipular que los marroquíes abonen este gasto. Si la conserváramos, el gasto sería de nuestra cuenta; pero no siendo mas que *hipoteca*, los plenipotenciarios españoles deberán cuidar de que no se convierta en *censo*.

La agregación de Saboya y Niza á Francia es ya, como la de los Ducados y Legaciones al Piamonte, un hecho consumado. En la Cámara de los Comunes de Inglaterra se ha discutido mucho esta cuestion; pero no se ha hecho mas que discutir: para oponerse á la anexión Inglaterra ha buscado el apoyo de Austria y Rusia; pero no habiéndolo hallado segun deseaba, el ministerio inglés se ve precisado á dejar que las cosas sigan su curso. Tal vez busque una compensación en Sicilia; tal vez la busque en Portugal. Una cosa nos ha llamado mucho la atención porque muestra la arrogancia y poca cortesía con que los ingleses tratan á las naciones á quienes protegen. El almirante inglés de la escuadra surta en el puerto de Lisboa ha echado á tierra sus soldados, que hace quince dias están patrullando por las calles de aquella capital como pudieran hacerlo por cualquier barrio de Londres. En las Cámaras portuguesas se han pedido explicaciones al gobierno para saber si había sido nombrado comisario de policía el almirante inglés: el gobierno ha contestado que ya había hecho reclamaciones; pero entre tanto patrullas armadas de ingleses recorren las calles de Lisboa.

Nuestra Academia de ciencias morales y políticas ha acordado conceder un premio de 8,000 reales y medalla de bronce al autor de la mejor Memoria que trate de los intereses legítimos y permanentes que en Africa tiene España, y de los deberes que la civilización le impone respecto de aquel país. Las Memorias se admitirán hasta el 30 de noviembre del mes actual.

Dice un periódico que se ha presentado al ministerio de Fomento un proyecto sobre el modo de dar dirección á un *tren aéreo*, proyecto debido al cacumen de una persona conocida ya en la república de las letras. Mucho desearemos que concedido el privilegio de invención, logremos ver cruzados los aires de trenes, y hasta de ciudades flotantes como la que el capitán Gulliver tuvo ocasion de observar en sus viajes remotos.

También un apreciable matemático, llamado don Vicente Pujals de la Bastida, ha publicado un folleto que titula *Descubrimientos importantísimos* y reflexiones filosóficas acerca de la numeración perfecta, y del sistema perfecto de medidas, pesas y monedas. Este autor hace tiempo que viene sosteniendo la ventaja del sistema métrico duodecimal sobre el sistema decimal; y prueba que tomando el 12 por base de la numeración en vez del 10, se pueden resolver de memoria ó con grande ahorro de tiempo, varias cuestiones que en la numeración digital necesitan diversas operaciones sucesivas. Ya que el señor Montemayor encontró quien le protegiera para hacer un *Eolo*, el señor Pujals cree que debería con mas razon hallar un protector para su sistema, fundado en la observación y el estudio.

Desde la semana anterior se nos viene anunciando la última función de Mr. Hermann. *Última función* dijeron los carteles un sábado, y al dia siguiente *última función* añadían los mismos carteles. Creímos que con dos últimas habría bastante; pero las postrimerías de un mágico son mas que las del hombre, y ya van cinco anuncios en que se publica que definitivamente va á dar Mr. Hermann la última de sus funciones.

En el teatro de Oriente se ha cantado con buen éxito la ópera *Le tré nozze* del maestro Alary: sin embargo, el miércoles tuvimos el sentimiento de ver caer en la escena acometida de un desmayo á la Fioretti, por cuya triste ocurrencia, fue preciso suspender la función. Su indisposición no ha privado sin embargo al público de oír á una artista de tanto mérito en las noches siguientes, de lo cual nos felicitamos.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,
NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

CONDICION SOCIAL,

CREENCIAS, TRAGES Y COSTUMBRES DE LOS MORISCOS DE ESPAÑA. (1)

(1492 AL 1609.)

III.

(CONTINUACION).

Diferente era la condicion social de los moriscos, diversos también sus usos y costumbres, de lo que hemos espuesto en el artículo anterior, al considerarlos como cristianos nuevos, sujetos por su conversión á las leyes políticas, civiles y religiosas de los vencedores, bases fundamentales de la monarquía española. Bajo este punto de vista tuvieron una civilización que les fue peculiar, y que mantuvo florecientes las artes, la agricultura y el comercio de la península.

Ejercitábase los mas de los moriscos, segun escribe un autor de aquellos tiempos, en cultivar huertas, viviendo apartados del comercio de los cristianos viejos, sin querer admitir testigos de su vida. Otros se ocupaban en cosas de mercadería. Tenian tiendas de cosas de comer en los mejores puestos de las ciudades y villas, viviendo la mayor parte de ellos por su mano. Otros se empleaban en oficios mecánicos, caldereros, herreros, alpargateros, jaboneros y arrieros. Esta última ocupación, dice Pellicer, era tanto mas grata para los nuevos conversos, cuanto les proporcionaba por la continua ausencia de sus pueblos dejar de cumplir sin ser notados con los deberes del cristianismo, que aparentaban seguir. En lo que convenian era en pagar de buena gana las gabelas y pedidos, y en ser templados en su vestir y comida. Mostraban esteriormente acudir á todo con voluntad, y en estar advertidos en acrecentar los intereses de la hacienda. No daban lugar á que los suyos mendigasen. Todos tenian oficios y se ocupaban en algo. Si alguno delinquía, á penádon herido eran á favorecerle, aunque el delito fuese muy notorio. No se querellaban unos de otros, entre sí componian las diferencias. Eran callados, sufridos y vengativos en viendo la suya. Este y no otro era el carácter de la gente morisca que formaba un estado dentro del Estado, procurando con el sueldo de sus rostros mantener prósperos y floridos los territorios que habitaban.

Las *aljamas* ó consejos moriscos, dice otro escritor, tenian un régimen muy certero y económico, dando por el depósito de caudales ajenos un rédito puntualísimo, y con su crédito lograban atesorar cantidades enormes, pues no tan solo particulares, sino corporaciones y conventos, hacian total confianza de su correspondencia y cabal cumplimiento de lo pactado. Los moros habían traído á España el cultivo del azúcar, algodón, seda y arroz, y sus descendientes los conversos le poseían en alto grado de perfección y fertilidad. Construían esmeradamente pantanos y acequias para regar hasta las tierras mas elevadas, sobresaliendo por su amenidad y abundancia Valencia, que surtía á la Europa toda de riquísima fruta y aun hortaliza meridional, siendo difícil referir todos los objetos que constituían la granjería de los moriscos españoles. Venidos de Egipto, Siria y Persia, países por esencia labradores, segun la espresion de un historiador, trajeron los árabes á nuestras campiñas, los métodos y mañas de miles de años, entablaron en Andalucía y en Valencia un sistema de riego que es hoy todavía el pasmo de los viajeros, y á cuyas antiquísimas y justas leyes de repartimiento de aguas, cursos de arroyos y otros derechos y servidumbres rústicas acuden ahora mismo para decidir sus cuestiones los labradores valencianos y andaluces. En todas partes multiplicaron los moriscos los ingenios de azúcar, las almazaras de aceite y las prensas para la vid, cuyos líquidos elaboraban y trasportaban á lejanos países, no sin que hicieran ellos mismos cuantioso gasto.

El vino, tan espresamente prohibido por el Corán, era servido sin reparo alguno por los moriscos, sirviéndose en las funciones caseras y en las *walinas* ó desposorios, no solo el *khamr* ó vino tinto, sino también el *sabba* ó el clarete, el *nebid* ó sidra de dátiles, la de higos, el *scharab* ó vino hervido, y el *scharab mubazar* ó vino especiado.

Los moriscos conservaron el uso de aclimatar las plantas exóticas y arraigar los frutos de lejanos países, pues como dice Morejon, los árabes fueron los primeros que cultivaron con esmero en el fértil suelo de Andalucía gran número de jardines, no solo para recreo y ostentación de sus palacios, sino también para formar huertos y almacigas de árboles, donde estudiaban su cultivo. Entre los árboles nuevos cuya introducción les somos deudores, merecen citarse la higuera chumba, cuya fruta es conocida todavía en Cataluña por *higos de moro*, la granada cuyo nombre recordaba á los conversos la antigua corte de sus reyes, el níspero, el algodón, el naranjo, el madroño, el membrillo, el azufaifo, la palma, y no pocas plantas medicinales y aromáticas (2). Completaban, en fin, la granjería agrícola de la raza morisca, las pasas, las manzanas, las bellotas, nueces,

(1) Véase el número 15 de EL MUSEO UNIVERSAL.

(2) Abu Zacaria: Libro de Agricultura.—Casiri: Biblioth. arab. hisp.

almendras y otras muchas frutas, que junto con los granos y las hortalizas, abastaban los mercados interiores y facilitaban además la exportación, pues los mismos conversos habían construido carreteras, abierto acequias, encajonado los rios y relacionado mutuamente las ciudades con sus varios ramos de comercio en Barcelona, Tarragona, Valencia, Málaga, Cádiz y otros puntos.

El comercio y la industria se veían también acrecentados por los moriscos españoles. Como dice un escritor, la ley mahometana que constituye el trabajo en obligación religiosa, los inclinaba á todo género de industria, corroborada además aquella propensión con el afán de acaudalarse y satisfacer el ansia de engalanarse con lujo oriental. Los paños de Murcia, las sederías de Almería y de Granada, los tapices curtidos de Córdoba y el papel de algodón de varias fábricas privaban por todas partes. En efecto, valiéndonos de las mismas palabras de un historiador de los árabes y moriscos, debemos decir que además de la seda, de cuya industria se contaban en Granada cinco mil tornos aun despues de la conquista, «la fabricación de paños finísimos y otras telas de lana, el curtido de pieles, industria que los africanos aprendieron de los moros espulsos, y conservan aun en Fez como la mas útil de sus granjerías, la de las gasas, jaiques, tejidos de algodón y lino ocupaban y daban sustento á un número considerable de familias: hombres, mujeres y niños se aplicaban á las diversas elaboraciones, y las fábricas de Almería servían de modelo á las castellanas y á las de Pisa y Florencia. Hoy que las artes han progresado mucho, continúa el mencionado historiador, pueden compararse sin descrédito algunas elaboraciones moriscas con las traídas de Inglaterra y Bélgica. El brillo de los colores, la consistencia de los tejidos, la proligidad de los bordados, la viveza de las flores imitadas permanecen en las ropas y alhajas de aquel tiempo conservadas aun. Las techumbres doradas de la Alhambra, los artesanos, las menudas inscripciones en estuco y piedra, las cifras, cintas y calados, las jarras de porcelana halladas en su recinto, son una prueba de la perfección á que los granadinos elevaron el arte del colorido, los trabajos en madera, en piedra y en yeso; y también la fábrica de porcelana.»

Los moriscos de Málaga se hicieron célebres por la perfección á que supieron elevar la alfarería, guardándose hoy mismo en estima, artefactos de barro contruidos en sus fábricas, y los que moraban en algunas poblaciones de la costa de Cataluña, gozaban fama de excelentes constructores de naves, arte que tenian los naturales del principado en grande aprecio, siendo igualmente Almería, ya desde tiempos del moro Rasis, *morada de los sutiles maestros de galera*.

Descendientes los moriscos de aquellos árabes que elevaron las artes á inusitado punto de esplendor en nuestra España, eran guardadores no solo de su imaginación rica, lozana y atrevida, sino también de la destreza y esmero en la fabricación, de que dejaron soberbia muestra sus abuelos en los grandiosos monumentos de Córdoba, de Sevilla y de Granada. Si la Biblia ha producido en el Cristianismo su arquitectura, el Corán dió á los árabes también la suya, religiosa y severa en el fondo, pero voluptuosa, esbelta y fantástica en la forma, recordando tan pronto el despotismo de la sociedad musulmana, como presagiando las bellezas y los placeres que se prometen en la otra vida los creyentes.

La preciosidad y el lujo de la arquitectura árabe, con sus elegantes columnas, sus arcos ligeros y atrevidos, sus mármoles y alicatados, sus numerosos y delicados ornatos, respirando todo perfección y novedad, magnificencia y fantasía, hubo de resentirse con la caída del trono granadino; pues convertidas las mezquitas en templos cristianos, y hollada la media luna por el emblema de nuestra santa religion, preponderó el gusto de los vencedores que, místico también, imponente y suntuoso, borró en breve los principales rasgos que caracterizaban las construcciones orientales. Sin embargo de semejante resultado, que no podia evitarse en una conquista, cuyo fin principal era cambiar el estado social de los países sojuzgados, imprimiendo en todo el sello de Castilla, podemos todavía admirar los restos del estilo árabe bajo el despejado cielo de las Andalucías, y si ni en Córdoba ni en Granada resuenan ya los ecos de las zambras y de los festines, ni las melancólicas al par que sentidas canciones de los hijos del desierto, en cambio aun admiramos los arcos de herradura, las bóvedas incrustadas de sutiles adornos, los muros cubiertos de inscripciones de arabescos, y las estancias recamadas de oro y azul, que cautivarán siempre la atención de los inteligentes. Artífices moriscos siguiendo las reglas artísticas de los sarracenos, conservaron bajo el gobierno de los españoles los principales adornos de la arquitectura árabe y aun los imprimieron en construcciones cristianas, pudiéndose observar el gusto oriental en puertas y ventanas de edificios civiles, no menos que en muros y barnas de antiguas fortificaciones españolas.—«De aquí dice Caveda, el marcado arabismo que se descubre desde los últimos años del siglo XV, y mas particularmente desde la toma de Granada, en muchos palacios, templos y fortalezas, que nuestros magnates y prelados construyeron.» (3)

(3) Ensayo histórico sobre la arquitectura española, por don José Caveda.

Mas si los moriscos, pueblo degenerado del árabe por su triste condicion de vasallos sin representacion alguna política, tenían industria y agricultura, acrecentando con ellas el comercio de España, no cultivaron como sus ascendientes las ciencias y las letras, que habían colocado en peregrina altura el imperio de las Abderramanes. La filosofía, la medicina, la astronomía y la jurisprudencia solo fueron patrimonio de algunos moriscos ancianos que no querían despojarse del recuerdo de sus antiguas glorias, trasladándose de unos á otros los conocimientos humanos en el silencio de sus estudios y en manuscritos aljamiados que todavía se conservan, pero el genio oriental ya no brilló de nuevo en la península con aquellos destellos de la sabiduría que supieron conservar los Zeiritas de Granada, los Hamudíes de Málaga y los Moez Daulas de Almería. Y nada tiene de extraño si consideramos que despues de la conquista emigraron las familias principales que habían defendido el pendon del islamismo hasta el último trance, quedando solo aplicados á la agricultura y á la industria los que prefirieron vivir oscuros y subyugados antes que llevar una vida miserable y errante.

Como sus ascendientes, eran los moriscos hospitalarios sóbrios, sufridos y firme en sus designios. Crédulos por demás en hechizos é influencias de mágicos, ceñían el cuello de sus hijos con talismanes formados de un pico de águila, de un hueso de erizo, uña de león, colmillo de jabalí, y otros signos con leyendas alcoránicas; superstición tan arraigada entre los granadinos, que en tiempo del emperador Carlos V fue prohibida con severidad y hasta castigada cruelmente. Aficionados al juego y satisfechos con los mas sencillos manjares, no eran los moriscos como esos musulmanes tipos de gravedad é indolencia. Alegres y expansivos en sus fiestas populares, preparaban de antemano sus modestas habitaciones blanqueándolas como se hace hoy todavía en Cataluña y en Andalucía, y se adornaban con sus mejores trajes, no solo para celebrarlas con las luchas, con carreras y juegos de sortija, sino con danzas y cantares interrumpidos únicamente para oír las narraciones poéticas de algun improvisador ambulante ó amaestrado viajero.

Entonces brillaban las jóvenes moriscas con sus sayas de paños de mil diversos colores ricamente bordados de oro, y aun con pedrerías, coronadas de diademas y guirnalda de flores, adornadas de brazaletes y anillas de oro y plata en las piernas, estendidas las cejas con sutiles pinceles, salpicado su rostro de graciosos lunares, con los que adquirían no poca vivacidad y donaire. Pintaban sus uñas de encarnado con el *henné*, y las palmas de la mano de negro, á fin de hacer resaltar la blancura de la parte superior, y ponían toda su atencion en el peinado, cuidando en estremo su negra cabellera lo mismo las moriscas ricas que las pobres ó las mujeres del campo. Por calles y plazas andaban veladas cuidadosamente con mantos de lana blancos ó de telas rayadas llamados *almalafas*, si bien las campesinas descubrían sus facciones y gozaban de mas libertad que las de elevada clase. En casa vestían largos y anchos calzones, camisa holgada, marlota ó chambra hasta media pierna, y elegantes alcazales. Su tocado consistía en una triple corona hecha con sus mismas trenzas alrededor de la cabeza, entrelazada con muselina ó sedería. Adornos de oro, nacar y pedrería, alfileres preciosos para prender la *almalafa*, y largos pendientes sostenidos por cordones de seda, lindísimas babuchas ricamente bordadas en que abrigan sus pies desnudos; hé aquí lo que completaba el traje de las mujeres moriscas.

Los hombres, fieles esclavos de su palabra, formaban un vínculo grave y duradero de la amistad, y aunque turbulentos y sanguinarios con los extraños, eran generosos y caritativos para con los amigos, los parientes y los desvalidos. La fama de probidad y honradez que se granjearon en los mercados y plazas extranjeras los comerciantes granadinos fue tal, que como dice un historiador, era adagio corriente: *la palabra del granadino y la fe del castellano, forman un cristiano viejo.*

En Castilla llegaron los moriscos á vestir casi enteramente como los españoles; pero en otras provincias mantuvieron en uso las principales prendas del traje musulmán. Encima de un casquete de tela se colocaba otro generalmente encarnado, á cuyo alrededor iba arrollado el turbante ó la toca, pieza de muselina lisa ó bordada, de lana ó de seda, de cachemira mas ó menos rica, que segun sus colores y su forma, así indicaba la profesion de su dueño, fuese comerciante ó alfaquí, labrador ó artesano. Anchas camisas de algodón, de lino, de lienzo fino y aun de seda, daban á conocer tambien la mayor ó menor opulencia del que podía usarlas: holgados calzones de lienzo hasta las rodillas, botines ó borceguines, sayos y marlotas de paño con botones y adornos de terciopelo, completaban el traje de los moriscos, que al salir á la calle, se rebozaban en sus albornoces, con el garbo de que puede blasonarse aun con las capas españolas. — La gente del pueblo y los labradores despojaban sus trajes de adornos orientales, y templaban las escar-chas y los frios del invierno con el cinturón ó faja muy larga, y las mantas de lana que constituyen todavía las prendas principales entre los campesinos aragoneses, catalanes, andaluces y valencianos. El ancho estribo, la silla de forma aconchada y de sillón para los ricos, las espuelas características del gusto árabe, eran usos musulmanes de los nuevos conversos, demasiado moros

para prolijar costumbres cristianas, nada cristianos para abandonar los trajes moriscos.

Curiosa es la descripción de los diferentes estados ó condiciones de personas que hacia un morisco, escribiendo en aljamiado en los últimos años del siglo XV.

«El mundo, dice, se rige y gobierna en doce grados. El primero es el estado de *al-halifa* ó adelantado, en el cual viven los reyes, los gobernadores y justicias. El segundo de mufti en que viven los *alimes*, letrados, alfaquíes, legistas, sabidores, coronistas, predicadores, declaradores, disponedores, administradores, consejeros, lógicos y filósofos. El tercer estado es de caudillo, en que viven todos los capitanes, alcaldes, caballeros, hijosdalgo y gentiles hombres, que usan de armas y caballerías. El cuarto de religioso, comprende todos los creyentes, aunque hay unos de mayor religion que otros en cuanto son apartados de los vicios, como los ayunadores, limosneros y oracioneros de vida santa. Bajo del quinto grado, viven los ciudadanos honrados que no comercian y viven de sus heredades, pagando los diezmos y *azaques*. En el sexto grado viven los mercaderes que tratan de mercaderías en vender y comprar, navegando por la mar y tierra, poniéndose en peligro, los tenderos, traperos, joyeros, especieros, boticarios, y todos los otros que con su trato y avenencia viven sin engaño, con justo peso y medida. En el sétimo viven los menestrales que se mantienen con lo que trabajan y venden hecho por sus manos. En el octavo viven todos los maestros de Ley y *zunna*, de teología, filosofía, ló-gica, medicina, y todos los que saben enseñar discípulos de alguna sabiduría, doctrina y buena arte. En el noveno viven los discípulos, ó todos los que aprenden leyes ó artes con maestros. En el décimo los labradores, cavadores, acarreadores, ganapanes, peones, hortelanos; y en el undécimo, que es el grado de los ociosos y baladís, viven los corsarios, ladrones, violentadores, rufianes, malas hembras, hechiceros, maliciosos, blas-femos, embriagos, herejes, lujuriosos, que no hacen cosa buena por sí ni sus miembros, compañeros y pobladores de la cárcel y de la horca, y al fin del infierno. Por último, en el duodécimo estado viven las mujeres, dueñas ó doncellas, casadas ó mozas, viudas ó siervas, con todos los otros grados femeniles y mujeriles.»

Tales eran las diferentes condiciones de los moriscos en sus buenos tiempos; es decir, cuando años antes de llevarse á cabo sus terribles espulsiones podían, no solo dedicarse á la tragería y agricultura, sino tambien á la enseñanza de su idioma y al cultivo de las artes liberales.

Los mas acomodados tenían estrados voluptuosos, espaciosos salones con estanques y surtidores, mullidos divanes, y arabescas acenas, pequeños jardines, baños de mármol, y cuantas comodidades daba de sí el delicioso capricho del genio oriental. Pero despues de la pragmática de 1566, creciendo la persecucion de los vencedores, decayó necesariamente entre los moriscos el gusto por los elegantes adornos que había creado la rica fantasía de los artistas árabes.

Y sucedía que aquellas rebeliones, aquellas guerras y emigraciones, aquellos desarmes y bautizos forzosos que, como hemos dicho anteriormente, no hacían otra cosa que fortalecer mas y mas las creencias muzlímicas de los conversos, aniquilaban tambien la civilizacion especial de los moriscos, consumían su espíritu nacional, destruían para siempre sus artes, su comercio y sus industrias, sus trajes y costumbres.

FLORENCIO JANER.

VICTOR HUGO.

LA LEYENDA DE LOS SIGLOS.

IV.

(CONCLUSION)

El despotismo oriental, mas que ningun otro despotismo de la tierra, ofrece un deslumbrador contraste de iniquidad y grandeza. Razas de lobos que, obedeciendo á la voz de un jefe, se lanzan sobre el indefenso redil para devorarlo, sin otro aliciente que el de saciar su crueldad, obteniendo en cambio una desdeñosa sonrisa, aquellos pueblos perpetúan su esclavitud al acumular en manos del Señor nuevas conquistas, que solo sirven para halagar su vanidad y su insensato desprecio á la moral humana.

Zim-zizimi, soldan de Egipto y el sultan Mourad emperador de los turcos, son dos tipos de esa repugnante tiranía pintados con inimitable color por Victor Hugo; hé aquí el retrato del primero:

Zim-zizimi, soudan d'Égypte, commandeur
Des croyans, padischad qui depase en grandeur
Le César d'Allemagne et le sultan d'Asie,
Maitre que la splendeur enorme rassasie,
Songe: c'est le moment de son festin du soir;
Toute la table fune ainsi qu'un encensoir;
Le banquet est dressé dans la plus hante crypte
D'un grand palais bâti par les vieux rois d'Égypte;
Les plafonds sont dorés et les piliers sont peints;
Les buffets sont chargés de viandes et de pains:

Tous les mets qu'on choisit, tous les vins qu'on renomme
Sont là, car le sultan Zizimi boit du vin;
El rit du livre austère et du texte divin
Que le derviche triste, humble et pâle vénère;
L'homme sobre est son vent cruel, et, d'ordinaire,
L'économe de vin est prodigue de sang;
Mais Zim est à la fois ivrogne et malfaisant.
Ce qui n'empêche pas qu'il soit plein de gloire...

Toujours vainqueur, fatal, fauve, il a pour vassaux
Les batailles, les camps, les clairons, les assants;
L'aigle, en l'apercevant, crie et fuit dans les roches.
Les rajahs de Mysore et d'Agra sont ses proches.
Ainsi qu'Omar qui dit: «Grace à moi, Dieu vaincra.»
Son onde est Zlayraddin, sultan de Bassora,
Les grands cheiks du desert sont tous de sa famille,
Le roi d'Oude est son frère, et l'épée est sa fille.

Pues bien; este monarca tan poderoso se aburre. Siéntase solo á su mesa porque el trono no puede tener convidados, y él, que es Señor de todo, se cansa y se fastidia. Despues de hacerse adorar por unos cuantos cheiks y ulemas decrepitos, asombrado de que sus blancas canas cubriesen un alma envilecida, manda arrastrar á su presencia dos criminales que se prosternan implorando perdon; y cuando se ha gozado bastante en su angustia, se entretiene en abrirles el vientre para ver salir las entrañas; hasta que, aburrido de todo, bosteza y despide á sus esclavos.—

Solo ya este segundo Baltasar, mira á su alrededor para buscar alguien á quien dirigir la palabra, y solo encuentra diez eslinges que sostienen su trono, desnudo el seno, la frente coronada de rosas, con una lira en la mano, y el malicioso enigma en la boca. Cada esfinge lleva esculpida una palabra en la cabeza, y estas diez palabras son: Gloria, Amor, Juego, Voluptuosidad, Salud, Felicidad, Hermosura, Grandeza, Victoria, Alegría.

Zim-zizimi se dirige á ellas, y les pide que canten su felicidad y su gloria. Las eslinges obedecen. Pero su canto es un sarcasmo y una reconvenccion horrible. La reina Nitocris, dice la primera esfinge, habita un sepulcro cerca del firmamento, y, sin embargo, está sola y triste pensando de continuo en su raza, en aquellos reyes, duros, terribles, implacables, que ella dió á luz de su tenebroso seno, y fueron terror de los hebreos y los griegos... El sepulcro de Nitocris se alza pavoroso en el azulado cielo; lo pájaros caen muertos si lo tocan con sus alas: la reina yace en él silenciosa, y las nubes, con rumor profundo y sombrío, acompañan aquella solemne escena.—

Por las noches, abre Nitocris los ojos y descubre el cielo al través de las pilastras; fija en él una siniestra mirada escrutando el destino (mirada horrible que importuna á los astros), mientras que, en larga fila y con vagos suspiros, pasan lentamente los espectros de sus víctimas.

La segunda esfinge canta á Teglath-Phalasar. Teglath-Phalasar es mas grande que los reyes, los magos y los pharaones á quienes incensaron los pueblos. Semejante á Dios, á quien sirve la estrella de carro, tiene su templo y por sacerdote un profeta; sus ojos purpurinos hacen temblar á cuantos miran, y los hombres doblan la frente á su coyunda. Su victoriosa marcha convierte en cenizas los pueblos, y es para el Asia lo que será Alejandro, para Europa lo que será algun dia Attila. Triunfa, brilla, y, entre tanto, un alfarero que ignora su poderío, pone á secar al sol los ladrillos que han de servir para su sepulcro.

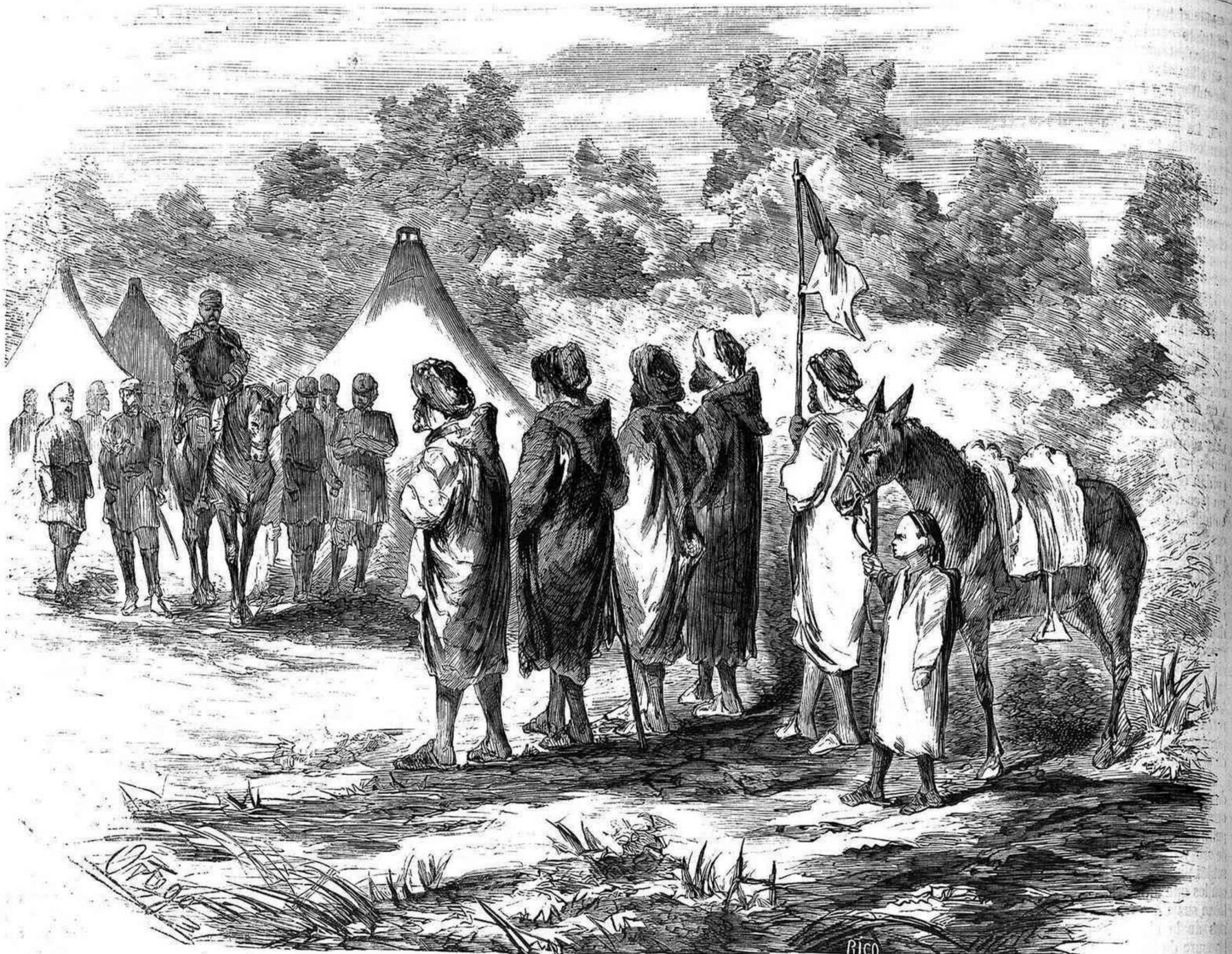
En igual sentido le hablan las demás esfinges. Zim-zizimi, desesperado, las amenaza con el puño, y se dirige á su copa llena de perfumado vino. «¡Ah! tú sabes calmar mi fatigada cabeza: ven, copa mia, háblame de cosas alegres. Sacude de mí alma esas negras imágenes: conversemos tú y yo: el Poder y el Vino.» La copa brillante, embalsamada, le responde:

«¡Paur, rey sol, era señor de Alejandria: su cimera dominaba los mares; su pueblo, uno de los primeros del mundo, le daba mas soldados que imágenes ofrece la transparencia oscura del sueño; ¿mas de qué sirve haber sido el hombre sol? ¿Qué vale el ser señor siendo la nada?» Y la copa ofrece al despechado Zim-zizimi un triste cuadro de la pequeñez de sus grandezas. El iracundo monarca la hace pedazos contra el suelo.

Una lámpara de oro alumbraba la sala. Zim le dice: «Tú eres la luz: las esfinges son los fúnebres testigos de la noche; la copa embriaga y está casi leca. Pero tú vienes entre aureolas de claridad, alegras con tu sonrisa los banquetes, conviertes en Oriente el sitio en que aparezces; tu voz debe ser un canto matinal; dime alguna canción divina que yo ignore; háblame, diviérteme, lámpara del paraíso...» — Y la lámpara obedeció las órdenes del amo. Pero su canción fue un lúgubre recuerdo, mas penoso aun que los anteriores, sobre la miseria y pequeñez de los grandes.... El tirano colérico hace pedazos la lámpara... la luz se apaga. Entonces entra la Noche, y, tomando de la mano al acobardado monarca, le dice en medio de las sombras: «*Sigueme.*»

Este canto, y el del sultan Mourad con que concluye el primer tomo; escritos con igual intencion y muy semejantes

tienen el fantástico colorido de

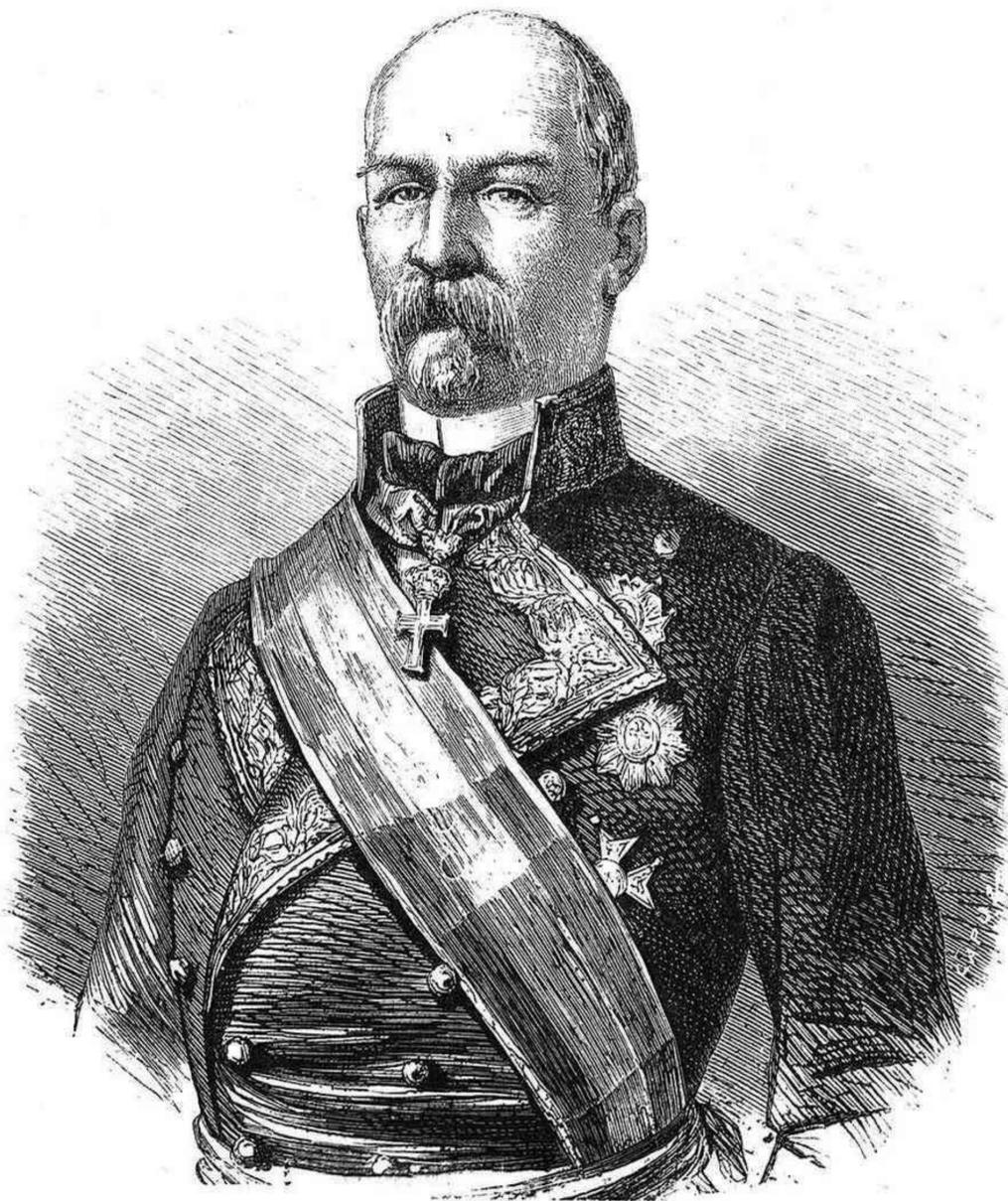


PRIMEROS PARLAMENTARIOS DE LA PLAZA DE TETUAN DELANTE DEL GENERAL O'DONNELL, EL DIA 6 DE ENERO DE 1860.

una poesía oriental resplandeciente en originalidad y grandeza.

Victor Hugo, como todos los autores de verdadero genio, posee la feliz cualidad de acomodar el estilo á la naturaleza del asunto. En sus primeros poemas, (*La consagración de la mujer* y la *Conciencia*), las formas son verdaderamente genesianas, y revelan que el autor habebido su inspiración en aquella purísima fuente. Otro de los poemas (*Jesucristo y el Sepulcro*), está sacado, y aun podría decirse, traducido, como lo confiesa el mismo autor, del Evangelio. *El casamiento de Orlando y Aimerillot* son (empleando el pintoresco lenguaje de Victor Hugo), páginas arrancadas á la colosal epopeya de la edad media, obras que brotan directamente de los libros de Hazaias de los caballeros andantes; la historia en fin, escuchada á las puertas de la leyenda.

A este último género pertenecen *El rey niño de Galicia*, *Eviradnus* y *Vivar*. El gran héroe castellano cuyo nombre no cabe en la historia, y se derrama por la novela y el romance, ha inspirado á Victor Hugo este poemita encantador. «Cuando el cheick Jabias, que despues fue rey de Toledo, vino á visitar al Cid en su casa paterna, encontró en el estrecho patio de la modesta habitacion, un hombre humilde con un harnero en la mano. Este hombre, que estaba de espaldas al principe, deja en el suelo un costal de avena, una artesa, un arnés y una silla de montar, y sin ver al cheick, se pone á frotar, la-



EL GENERAL TURON. (DE FOTOGRAFIA.)

var y cepillar su caballo. El cheick, sin darle siquiera los *buenos dias*, buen hombre (le dice), vengo á ver al señor Rui Diaz, el gran campeador de las Castillas.» Y el hombre, volviéndose, respondió: «Aquí me tenéis.»

— ¡Cómo! ¿sois vos el héroe, el valiente, el caudillo poderoso, que no tiene mas que salir á campaña para conquistar á su patria desde Gibraltar á Avis, desde Cadofol á los Algarbes, y cuyo clarín atrae á sus tiendas el brillante escuadron de las victorias? ¿vos á quien, yo prisionero, ví en el palacio del rey rodeado de todos los esplendores, la célebre Tizona en la mano, cortejado por los grandes que se disputaban el honor de servirlo?... Lerma y Guzman estaban á vuestro servicio; vestíais trajes deslumbradores; ceñíais armas de prodigiosa riqueza. Veinte correos esperaban vuestras órdenes. Nadie se colocaba delante de vos ni á vuestro lado. Ni príncipes ni infantes se atrevían á llamarnos camarada. Marchábais escoltado por un pequeño ejército, y estábais tan alto que las águilas mismas volaban á vuestro lado. A vuestros ojos desaparecia como humo todo lo que no era mandado de ejércitos, dominio, magistratura suprema; y, absoluto, lanzado en ristre y cimera en la frente, no reconocíais superior en la tierra.

Rodrigo respondió: «Es que entonces yo no estaba mas que en casa del rey.»

Y el cheick replicó: «Pero, Cid, ¿qué es lo que os ha pasado? ¿Qué traje es ese? Llegó

Derri
Ecla
On
Aqu
Les
Fais
Entr
De l
Disp
Les
Se c
Le d

A
ra u
que
de c
ment
Lo

os encuentro en mangas de camisa, con la artesa y el cabezon en la mano, y haciendo oficios de escudero.

—Cheick, dijo el Cid campeador, es que ahora estoy en casa de mi padre.»

Este poemita es, en su original, un cuadro de interior que no desdenaría Van Ostade.

Con el título «Le Satyre,» describe Victor Hugo la época del Renacimiento en una leyenda rica de invención y fantasía, en que despliega toda la magia de su variadísimo estilo. Este sátiro, que era algo extravagante y calavera, habitaba en los bosques silvestres que se estienden al pié del Olimpo. Entreteníase en cazar, dor-

mir y perseguir, bajo todas sus formas, el placer que necesitaba para satisfacer doce ó quince sentidos. Sus travesuras espantaban á las mismas Bacantes, y tenían alarmados á los habitantes del bosque: las napeas, eco, la andriada, las náyades, las ninfas, céfiro, las ondas, las flores, todos vivian en un sobresalto continuo por la proximidad de aquel precursor de Lovelace. Su fama llegó á oídos de los dioses, y Júpiter mandó á Hércules que se lo llevase de una oreja.—

Cuando el sátiro se vió sobre la dorada cima y vislumbró la escalera que conduce á la celeste morada, pareció que temblaba al contemplar tanta belleza y alargó el cue-

llo para aspirar mejor sus perfumes... mientras que sus enlodadas pezuñas trepaban, haciendo agujeros en la luz, hacia el azulado firmamento.

«Son pied fourchu faisait des trous dans la lumiere.»

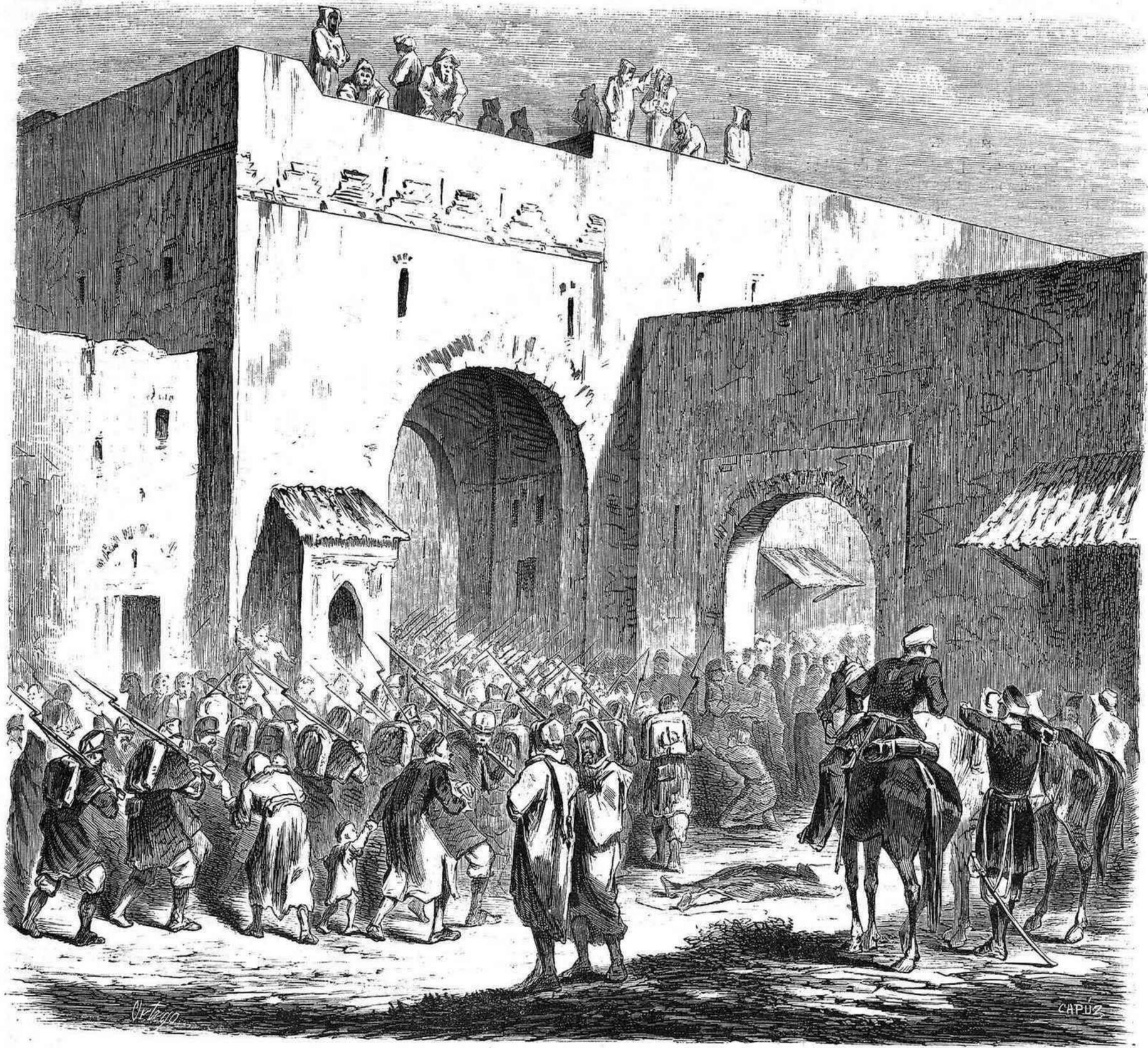
Hay en esta descripción bellezas de primer orden que no pueden traducirse. El carro del sol está pintado en los siguientes versos:

C'était l'heure où sortaient les chevaux du soleil:

Le ciel, tout fremissant du glorieux reveil,

Ouvrait les deux battans de sa porte sonore;

Blancs, ils apparaissaient formidables d'aurore:



PLAZA DE TETUAN.—ARCOS DE BABEL-RUA Y DE LA JUDERIA.—LLEGADA DEL EJÉRCITO EL DIA 6 DE FEBRERO DE 1860.

Derrière eux, comme un orbe effrayant, couvert d'yeux,
Eclatait la rondeur du grand char radieux;
On distinguait le bras du dieu que les dirige;
Aquilon achevait d'atteler le quadrigé;
Les quatre ardents chevaux dressaient leur poitrail d'or;
Faisant leurs premiers pas, ils se cabraient encore
Entre la zone obscure et la zone enflammée;
De leurs crins d'ou semblaient sortir une fumée
De perles, de saphyrs, d'onyx, de diamants,
Dispersée et fuyant au fond de selements,
Les trois premiers, l'oeil fier, la nariue embrassée,
Se conaient dans le jour des gouttes de rosée:
Le dernier secourit des astres dans la nuit.

A esta bellissima descripción cuyo último verso encierra una magnífica imagen, sigue un cuadro del Olimpo que iguala, si no escede á los de Ovidio, y que solo puede compararse á los de este poeta, y tal vez, modernamente, á los de Milton.

Lo que mas sorprende en las poesías de Victor Hugo

es la atrevida originalidad de los pensamientos, cualidad en que nadie le escede y muy pocos le igualan, y que imprime un sello peculiar á su estilo. Creen algunos que se obtiene este resultado buscando artificialmente determinados contrastes; mas lo que en el gran poeta es bello y original, en los plagiarios se torna en amaneramiento, porque, no hay que cansarse; solo es bello lo natural: no hay principio mas evidente en materias de gusto.

El Sátiro canta en la Asamblea de los dioses, y sus canciones tienen una elevación sublime. *Le noir et le sombre* es el asunto de aquellas odas que son el mas grandioso resumen de la teogonia pagana. Este poemita es de los mas bellos de la obra por su novedad, gracia y trascendencia filosófica.

La Inquisicion, ó las *Razones del Momotombo*, son una condenacion festiva de aquel tribunal sombrío bajo una forma nueva y de muy buen efecto.

Les pauvres gens es otro cuadro de familia que reboza en sentimientos delicados y tiernos; elocuente apoteo-

sis de esa virtud sencilla que ofrecen las cabañas y suele huir de los palacios; abnegacion heroica, frecuente en el corazon del pobre; caridad ardiente de que nos da sublime ejemplo Jesucristo! Es una infeliz familia de pescadores; en que el marido disputa diariamente al Océano una miserable existencia. En medio de las tinieblas de una tempestuosa noche, ha salido en busca de alguna pesca. Su mujer lo espera con ansia rodeada de sus desfallecidos hijos... Pero no son ellos los únicos dignos de lástima; en la cabaña inmediata hay una viuda con dos hijos pequeños, y la infeliz está gravemente enferma.

La mujer del pescador, en medio de su ansiedad, no olvida á su desvalida vecina, y, sin cuidarse de la inclemencia del tiempo, abandona su cabaña para visitarla. Pero llega tarde: la infeliz acaba de espirar, y á su lado duermen las dos inocentes criaturas. La madre, al sentirse morir, los ha abrigado con su manta para que no sintiesen el frio... Aquel espectáculo conmueve hondamente á la mujer del pescador, que, olvidando su propia miseria, sin arredrarse por las probables reconven-

de su marido, no teniendo pan sus hijos en aquella noche, todo lo olvida, se confía á la Providencia, y acoge en su cabaña á los desgraciados huérfanos. — El marido vuelve de su peligrosa expedición: la noche ha sido horrible y sin fruto. No hay que cenar, pero Dios proveerá mañana. En este momento le revela la mujer lo que ha ocurrido. El marido se levanta para ir á buscar á los huérfanos; pero su mujer lo detiene descorriendo la cortina. «Aquí están. Desde hoy tenemos cuatro hijos. — ¡Dios proveerá á todo, enviando mas pesca á mis redes! — esclama el buen hombre acariciando á las infelices criaturas.» — Esta leyenda respira un suavísimo perfume que inunda el alma de fé cristiana y caridad evangélica.

Prolongáramos demasiado este exámen analizando uno á uno los varios cantos de que se compone la obra. Pero no podemos pasar en silencio los últimos. *Pleine mèr*; *Plein ciel* y *La trompette du jugement* sirven de cúpula al suntuoso edificio.

En ellos, bajo una forma alegórica y elevando el tono á la altura del asunto, describe el poeta, con toda la magia de su pincel, los futuros destinos de la humanidad en la tierra.

SIGLO XX.

El mundo ha muerto: el Océano está desierto: una siniestra luz dibuja á medias los objetos. Su débil fulgor ilumina débilmente una masa gigante que se asemeja á un enorme esqueleto. El resplandor permite apenas leer la siguiente palabra: LEVIATHAN... ¿Qué significan esas letras? — Y el poeta describe admirablemente aquel monstruo del mar, último esfuerzo del atrevimiento del hombre. «El mundo ha muerto (prosigue), el odio y las malas pasiones han apresurado de consuno la catástrofe; pero el hombre ¿ha muerto también? al desaparecer su forma terrestre, ¿ha sido envuelto por completo en el enigma eterno?... Aquí nada se ve, pero mirad al cielo.»

Alí ve el poeta, en éxtasis sublime, un nuevo mundo en que reina el amor y la armonía de los seres: en que, libre del error, emancipado de la violencia, disfruta el hombre la plenitud de la vida. El espíritu humano, viejo reptil, se ha convertido en ángel, ha traspasado el eter, y doblado el negro promontorio de la tumba. Allí ha encontrado un porvenir divino y puro: la virtud, la ciencia, el generoso olvido, la abundancia, la calma, la risa, la felicidad verdadera; el derecho, la razón, la fraternidad, la verdad, el amor en todos los corazones, la bondad, la belleza, la justicia... el reinado de Dios anuncia-lo por Jesu-Cristo.

Este canto y la *Trompeta final* se asemejan en el estilo á la Apocalipsis.

Reasumiendo: *La Leyenda de los siglos* es una magnífica y grandiosa epopeya. Bajo su aspecto artístico revela toda la madurez del genio y es la obra mas importante de Victor Hugo. En filosofía es la expresión de sus opiniones que se condensan en un amor ardiente á la justicia. La igualdad, la fraternidad, el progreso, son en su mente ideas correlativas. ¿Quién se atreverá á rechazar estas ideas, ni estrañará los gritos que arranca del alma el infortunio?

No ha faltado quien censure este libro por no estar de acuerdo con la filosofía que encierra... Las usurpaciones están pintadas con tan vivos colores que ofenden la vista de algunos censores timoratos. Y, sin embargo, no hay un solo rasgo en estos cuadros que no se encuentre á cada paso en la historia... La edad media es una época de ferocidad que constituye un largo eclipse de la justicia y del derecho; al pintarla con el colorido enérgico de la verdad se hace resaltar mas el contraste de aquellos tiempos con los nuestros. Pues, aunque no sean estos los mejores y disten mucho del *desideratum* humano, llevan en su seno tales elementos de perfección que alientan y consuelan al mas descontentadizo. Hay (¿quién lo duda?), transgresiones de la justicia; sustituyese con frecuencia la violencia á la equidad; triunfa mas de una vez la astucia de la razón... la virtud huye y cede su puesto al vicio. Pero no es este el estado normal de la sociedad á punto de constituir, como en otros siglos, el *derecho*. — Por el contrario; creemos que la verdad y la razón van ganando diariamente terreno; que la lucha continua de intereses é ideas en el palenque abierto por la libertad moderna, nos conduce, al través de pasajeras borrascas, al punto seguro donde la humanidad busca sus destinos; y que el volver los ojos de vez en cuando para medir el camino corrido, es un medio de sostener nuestras fuerzas hasta llegar á la codiciada meta. Tal es el objeto que se ha propuesto Victor Hugo en su admirable poema LA LEYENDA DE LOS SIGLOS.

RICARDO DE FEDERICO.

JESUS EL POBRE.

CUENTO.

Asaz rapazuelo era todavía el hijo de mi madre, cuando esta buena señora, que santa gloria haya, llevábalo de la mano, en las fiestas de guardar, á oír la primera misa que se decía en la iglesia de su pueblo; porque cristiana de raza y fiel observadora de los preceptos del catecismo, quería dar á sus hijos la sana educación que

de sus padres recibiera, y aun se acuerda el que le dirige la palabra lector carísimo, de que en la dicha iglesia había sobre una vieja mesa de pino, la efigie de un *Ecce-Homo*, de tamaño natural, alumbrado siempre por una candelica, cuyo barbado y dolorido rostro, cubierto de sangre y cardenales, causábale no poco espanto y reatrimiento, en términos de colocarse á la izquierda de su madre, si al pasar junto al Cristo se hallaba este á la derecha, y de volver á cada paso la cabeza con recelo, temiendo no fuese de improviso á pisarle los talones.

Llamaban á este Cristo en el pueblo, *Jesús el pobre*, y cuando me resistía á ir á la escuela, ó lloraba de rabia por conseguir lo que no querían darme, ó me empeñaba en no acostarme cuando se recogían las gallinas, llamaba al instante mi madre á *Jesús el pobre* que obraba el milagro de hacerme obediente, sumiso y dócil.

Si en mi niñez inspirábame este nombre un temor santo, convirtióse en mi juventud en mundana curiosidad y traté de inquirir la causa que pudiera haber originado semejante calificación.

Y en verdad que no fue para mí obra del otro jueves, pues apenas abrí la boca, me sirvió á cuerpo de rey, una de las comadres del lugar, que en esto de consejas daba quince y falta al escudero del famoso hidalgo, y me espetó en un verbo la siguiente relación que traslado á quien me leyere:

«Allá por los años de yo no sé cuantos, que la fecha no importa un comino al asunto, vivía en mi lugar una familia, que aunque ya andaba algo de capa caída, gastaba tantos humos como Gerineldo's y mas fantasía que lacayo de ministro. Pedro Lilla era el nombre del padre, un señor muy estirado, con cuello de cigüeña, nariz de gavilan, ojos de tortuga, flaco como los espárragos de sus trigos y mas largo que noche buena sin colacion; pero las gentes del pueblo, dieron en corromper las letras de su nombre y le llamaban *polilla* sin duda por alusión á la miseria de don Pedro, que tocante á liberalidades, podía apostárselas con el mismo licenciado Cabra. Hallábanse todos en su casa siempre á la cuarta pregunta y ni aun arañas se veían en ella, que por no haber, ni sitio donde tejer sus telas encontraban.

¿Y qué diré de su mujer doña Damiana, con sus redondos anteojos, peluca rabia, nariz neutral, entre Roma y Cartago, boca de guerra, forificada con almenas de dientes y su cortés cuerpo, de reverencia perpetua? Pues en lo avarienta y miserable no iba en zaga á su don Pedro, que un ojo de la cara hubiera perdido, ya que no dado, por haber nacido el día de Santo Tomás en vez del de San Damian, y que la llamasen Tomasa y no Damiana, que ni aun *en nombre* podía sufrir el que la pidieran.

Astilla de semejantes troncos y pintiparada al padre y á la madre, era Rufina, doncella de veinte abriles, único vástago de los Polillas del lugar; pero lo que á su corazón faltaba de dulce y generoso, sobraba á su estampa de hermosura y gentileza, que no siempre es el rostro cristalino espejo del alma, sino densa tiniebla las mas veces que la encubre y la disfraza.

¿Qué era ver á Rufina, asomar por las mañanas su lindo talle al balcón para regar las flores de sus macetas! El nacar de los lirios no era mas diáfano ni suave que su cutis de terciopelo ni el carmin de sus labios menos vivo que el de las amapolas y claveles. Si las rosas inclinaban su tallo, abrasadas por el fuego que de sus negros ojos se desprendía, pronto se reanimaban con la frescura de su aliento al recibir sus besos matutinos: que esta niña era para las flores de su pequeño huerto lo que el sol y el rocío para las plantas, lo que la primavera y el estío para los campos.

Entre los muchos señores en quienes las gracias de Rufina habían hecho mas destrozos que en San Quintín las armas de Felipe II, encontrábase un mancebo que ni era señor, ni lo pretendía, sino un pobre sacristan de la iglesia del pueblo.

Llamado Perico á secas, y aparte de su aire frailuno, mirar avieso, y de ciertos rumorillos que susurraban entre las viejas del lugar, no dejando su honra muy bien parada que digamos por lo que atañía á la alcurnia de su nacimiento, era en todo lo demás un muchacho como unas perlas, valiente como él solo, con una voz de canario para entonar villancicos y maitines en la iglesia y coplas de tiranas á media noche por las calles, y mas astuto que zorra hambrienta, pues con él no valían las tretas de los vecinos para eximirse del pago de ciertos derechos parroquiales; que con su nariz de podenco olía á media legua la verdad del caso y nadie en el mundo le había hecho perder el rastro de sus tracamandanas: así es que el señor cura le quería como si fuese el hijo de sus entrañas, y para ponerle mas foseco que novio despedido no había como tocar al sacristan al pelo de la ropa.

Rufina que tenía el corazón de risco, donde se estreñaban, sin comoverle, los suspiros de sus amantes, como las olas del mar contra las rocas de sus orillas, no se hizo de pencas á las insinuaciones del sacristan, que nada es mas raro ni caprichoso que el sentimiento del niño ciego, y allí donde menos se espera hallar cariño brotan las fuentes del amor, anegando en sus corrientes la razón mejor formada.

Ya hacia tiempo que el buen cura de la aldea notaba con sobresalto que el polvo y las arañas iban subiendo

de la peana á las barbas de los santos; que faltaba agua bendita en las pilas de la iglesia; que al ayudarle Perico la misa cotidiana, respondía *Laus tibi Christe al Dominus vobiscum*, y que estaban apagadas muchos días piedad de los fieles al milagroso Cristo que en una capilla del santo templo se veneraba, y de cuya misericordia inagotable eran una prueba evidente las miserias de palo, muletas, cabelleras, ojos de plata y otro sin fin de objetos que á guisa de trofeos decoraban los muros de la capilla.

Esto unido al descompuesto rostro del sacristan que cada día estaba mas molino y ceñudo, movieron al cura á informarse del estado interior de Perico; pero aunque le dijo que mas valía vergüenza en la cara que dolor en el ánimo, y que duelos confiados duelen menos, Perico se estuvo erre que erre en su silencio, sin poder el cura hacerle decir esta boca es mía.

Rufina entre tanto, tenía en su casa la de Dios es Cristo, porque doña Damiana que hendía un cabello en el aire y don Pedro que no le iba en zaga, habían olateado algo de amoríos, y tomaban el cielo con las manos, gritando como descosidos que harían esto y lo de mas allá, si el rapa-velas continuaba en sus paseos desempedrando la calle y dando músicas á deshora bajo los balcones de su casa; que aquello era una iniquidad y que llevarían su queja al señor alcalde para que metiese al sacristan á donde no le sintiese la tierra, quedando á su cuidado el poner á buen recaudo á la doncella en un convento de la inmediata villa.

Pero como no hay cosa peor en el mundo que tirar demasiado de la cuerda y vale mas precaver que remediar, sucedió con la baraunda de los padres, que Rufina por escusar dimes y dire es, se hizo la gatica de Juan Ramos, y aunque juró y perjuró que antes cegaran sus ojos que volver á mirar á una viviente, como no fuese á ciencia y conciencia de los autores de sus días, estaba ya muy sobre peine la moza y otra le quedaba por adentro, resuelta como se hallaba, desde que le quitaron toda esperanza de avenimiento, á contestar envido, si el sacristan le llegaba á decir, quiero.

En este estado las cosas, sucedió una mañana, de primavera por mas señas, que al pasar Perico, como de costumbre tenía, por la calle de Rufina, halló á esta, no regando las flores de sus tiestos, sino en la reja baja de su casa, lo cual fue para el mancebo miel sobre hojuelas. Al principio quitóle la sorpresa el habla, que no era para menos el asunto, pues en el de amores, hasta los corazones mas valientes tiemblan como la hoja en el árbol; pero al poco rato, el mozo que no necesitaba corchos para nadar, y sabiendo que á la ocasión la pintan calva, se dió tal maña en asir de un cabello la que se le presentaba, que al separarse de la reja, había conseguido oír de la boca de su amada el sí tan suspirado, creyéndose desde aquel entonces el hombre mas feliz de los nacidos.

Caprichos del corazón, para hacernos gozar hoy con lo que sufrimos mañana, pues como no hay felicidad posible sobre el haz de la tierra, se la inventa el hombre á su arbitrio y cree tenerla cuando alcanza lo que desea, siendo así que las mas veces, en la misma posesión está el germen de la desventura; pero volviendo á tomar el hilo de mi cuento, no se sabe el cómo ni cuándo, sino que los amantes desde este día, se veían y hablaban muy á su sabor, á juzgar por el rostro de Perico, rebosando de alegría á todas horas, que no valen llaves ni cerrojos para guardar á una doncella sino se guarda ella misma.

Sin embargo, como no hay gusto completo en este mundo y el de Perico no tenía privilegio para que le dejara de alcanzar la sentencia, amargábase su gozo la idea de que el teje maneje que traían los amantes para entenderse no podía durar mucho tiempo. Los padres de Rufina no acostumbraban á dormirse en las pajas y sacarian las uñas el mejor día del año, echando á rodar todos los castillos en el aire del mancebo y de la niña, por lo que era preciso estar muy sobre ascuas y no dar con sus torpezas motivo para que el diablo se llevase la tela.

Así es que todo se le volvía á Perico echar cuentas y cábalas para dar feliz cima á su negocio, sin ver otro medio sino tomar muy bonitamente las de Villadiego en amor y compañía de Rufina, yendo á parar con sus besos á donde no les alcanzase el furor de los burrados padres de esta, que pondrían el grito en las nubes al darse cuenta del chasco y no dejarían piedra sobre piedra hasta conseguir echarles la vista encima y dar á cada cual su merecido; pero como no se vive con cariño solamente y sin dinero no baila el perro, hétenos llegados al apuro del sacristan; porque ni él ni su novia, contaban otra cosa que las cuentas del rosario al acostarse, y no porque Rufina no tuviera, al decir de las gentes como Perico sobre qué caerse muerta, sino porque ya sabemos que sus padres eran mas tacaños que otro tanto y guardaban sus maravedís bajo siete estados de tierra.

La comezon de Perico en esta parte, en todo, tan larga, como comezon de gloria en poeta chirlé, que era mozo de ingenio y saltaba por un enchido cuando el lance lo requeria, viniéndole estreñido el mundo para sus brios, de suerte que vino á fijarse entre ceja y ceja un pensamiento que ni al mismo demer-

C
cion
ban
fia y
sas
que
su b
de l
plata
cl so
cont
tram
Pe
quien
berse
nada
mos
ya es
Pe
faltri
rero
bries
noch
topó
oraci
Vo
crista
tra la
pero a
en la
favor
Est
te de
letanía
con u
El s
otro d
pescu
los pa
ron las
en tér
aunque
pecho
ra con
noche
bo cua
ciorado
de dob
Con
cuyas l
ced de
produc
bles so
vérico
fijaban
el peca
rece la
quien a
y apaga
poniénd
Por u
miento,
dida, p
tado ar
reses co
la apaga
cion de
dóse en
Enton
salió un
dero ace
— ¿N
¿Qué
de Peric
tuz de la
cabellos
doblaron
las palab
heló su c
capilla.
Cuand
inquieta
á la pri
reconoce
corros y
trance co
al desven
y arpepe
refiriendo
ciendo pr
El cura
viejo calz
con su pe
asunto, p
amor habi
modo, qu
restituir á
apareció
soga tras
cuyos pad
cabellos y
guardaban

Como en la iglesia había un Cristo de mucha veneración entre los honrados vecinos del lugar que se quitaban de la boca lo necesario para llevarle ofrendas á porfía y el sacristan era el único interventor de las piadosas recaudaciones, hizo para su capote la cuenta de que si el contenido del cepo fuese á parar diariamente á su bolsillo y las velas del *Ecce-Homo* se apagasen á poco de haber sido encendidas, convirtiéndose su cera en plata de ley, amen de otros usufructos de que gozaba y el solo sabía, al cabo de cierto tiempo, podría, si no contar con el oro y el moro, tener á lo menos para ir trampa adelante con su negocio.

Pensarlo y ponerlo en práctica, sin reflexionar siquiera en lo que hacía, fue para el sacristan como beberse un vaso de agua; que cuando el amor nos ciega, nada detiene nuestro paso en el camino que emprendemos y solo nos paramos al borde del precipicio y cuando ya es imposible deshacer lo andado.

Perico, continuaba pues vaciando los cepos en su faltriguera y apagando velas que despues vendia al certero de un lugar cercano al suyo para que no se descubriese el ajo y lo metieran en pretina, cuando una de las noches en que iba á la iglesia para hacer de las suyas, topó de manos á boca con el señor cura que estaba en oracion justamente á los piés del altar del *Ecce-Homo*.

Volvióse rabo entre piernas y en un santiamen el sacristan, sin ser visto del cura, y echando venablos contra la suerte que en aquella noche le volvia las espaldas; pero aguijado por la codicia, se determinó á hacer hora en la calle, esperando con la salida del cura, la ocasion favorable para volver de nuevo á la iglesia.

Estaba la calle en semejante noche oscura como frente de curial, si no mas estrellas en el cielo que las de la letanía que entonaba en la tierra Perico por lo bajo, y con un ventarrón de padre y muy señor mio.

El sacristan no hacia sino ir y venir de un lado al otro del pórtico de la iglesia y alargando tres palmos de pescuezo á cada ruido que sentia, pero sin oír el de los pasos del cura que era lo que le importaba. Dieron las once y al viento se le iban hinchando las narices en términos que parecia acercarse el fin del mundo, y aunque ya sabemos que Perico era hombre de pelo en pecho, y no se le antojaban los dedos huéspedes, la pícara conciencia empezaba á pesarle un tantico en aquella noche, y era de ver el descompuesto rostro del mancebo cuando volvió á la iglesia, despues de haberse cerciorado de que la hallaria vacía de gente, como su bolsa de doblones.

Con no muy seguro paso, dirigióse Perico á la capilla, cuyas luces elisporreaban fuertemente, oscilando á merced del aire que entraba por las rendijas de la puerta y produciendo con sus vacilantes resplandores, mil movibles sombras que hacian, al parecer, gesticular al cada- vérico rostro del *Ecce-Homo*, cuyos lánguidos ojos se fijaban tristemente en Perico, como echándole en cara el pecado que estaba cometiendo; pero la codicia, oscurece la razon y prestaba fuerzas al temerario mancebo, quien atendiendo solo á su voz, fue limpiando el cepillo y apagando una á una todas las velas del Santo Cristo y poniéndolas en un cesto que á prevención llevaba.

Por un resto de piedad y mucha sobra de remordimiento, solia dejar todas las noches una sola vela encendida, pero considerando en la presente que habian estado ardiendo las luces mas tiempo del que á sus intereses convenia, detúvose un momento en la duda de si la apagaria tambien ó no, hasta que triunfando su ambicion de su piedad, dió un soplido y buenas noches, quedándose envuelto en las mas densas tinieblas.

Entonces, dicen las gentes, que del fondo de la capilla, salió una voz cavernosa que gritó al sacristan con plañidero acento y en tono de pregunta:

—¿No hay una luz para el pobre Cristo?

¿Quién acertará á describir lo que pasó por el ánima de Perico al oír la voz del *Ecce-Homo* pedirle una luz de las muchas que le merodeaba? Erizarósele los cabellos media vara cuando menos, las piernas se le doblaron al querer huir, procuró llamar en su auxilio, y las palabras se ahogaron en su garganta, un frio cruel heló su cuerpo y cayó exánime sobre el pavimento de la capilla.

Cuando á la mañana siguiente bajó el cura á la iglesia, inquieto por no oír la campana que llamaba á los fieles á la primera misa, creyó á Perico muerto; pero al reconocerlo observó que respiraba y merced á sus socorros y á los del boticario que se apareció en aquel trance como llovido del cielo, se consiguio volver en sí al desventurado sacristan, quien contrito muy de veras y arrepentido de sus culpas, pidió á voces confesion, refiriendo al cura de pe á pa el motivo de su falta y haciendo propósito de la enmienda.

El cura, conocedor de los puntos que como cristiano viejo calzaba antes el sacristan, le echó la absolucion con su penitencia de ordenanza y creyó concluido el asunto, pero se engañaba de medio á medio, porque el amor habia trastornado el buen natural de Perico de tal modo, que una vez curado del espanto, en lugar de restituir á la iglesia la sisa de los cepillos y luces, desahogó el pueblo de la noche á la mañana; yendo la saga tras el caldero, es decir, con su amada Rufina, cuyos padres al saber la noticia, mesáronse de rabia los cabellos y fueron en seguida á registrar el sitio donde guardaban su hacienda, que habiéndola hallado monda y

lironda, les hizo mas llevadera su desgracia, porque los duelos con pan son menos.

No tardó en cundir por el lugar el run run del milagro, juntamente con la fuga del sacristan y Rufina. Las doncellas abrieron tanto ojo, las viejas se hicieron cruces y los hombres arquearon las cejas, sirviendo ambos hechos de pasto á los comentarios de las comadres de cien leguas á la redonda por espacio de mucho tiempo, hasta que con los años fue gastándose el recuerdo de los amores de Perico, que el tiempo hasta las rocas consume, y si no fuera por el nombre que dió el milagro al *Ecce-Homo*, no se hubiese escitado mi curiosidad para inducirme á echar por esos trigos de Dios, buscando la causa de llamarse aquel Santo Cristo, *Jesús el pobre*.

Enero, 1860, Madrid.

JOSÉ J. SOLER DE LA FUENTE.

EL CAÑON DE WHITWORTH.

Entre las artes que mas han progresado en el siglo actual, nadie puede negar el primer lugar al arte de la destruccion. Cada dia un nuevo invento, ya para incendiar pueblos ó buques, ya para destruir ciudades, ya para dar la muerte rápidamente á millares de individuos, viene á asombrar á los que siguen el movimiento de las ideas haciendo que se pregunten dónde se detendrá el genio destructor que parece mas poderoso en el hombre que el Creador. Despues del cañon Armstrong de Inglaterra y del cañon rayado de Francia, estendido ya á todas partes, viene el cañon Whitworth, inventado tambien en la Gran Bretaña, y que deja atrás en potencia destructora á todo lo discurrido hasta ahora. Véase lo que nos dicen acerca de las pruebas hechas con este nuevo instrumento de muerte.

Acaban de hacerse nuevas pruebas en Southport (Inglaterra) con el cañon de Whitworth, en presencia de algunos distinguidos oficiales é ingenieros á quienes el inventor esplicó la teoría porque se rige su arma. Hubiera sido de desear que el cañon hubiese sido ensayado en una posicion á propósito para elevarlo hasta un grado que pusiese de manifiesto todo su alcance; pero por desgracia la cureña adecuada al efecto no habia llegado; así es que los ensayos se verificaron con cañones de antiguo calibre, aunque no bastante elevados para obtener mayor alcance. Otra causa de dilacion fue la circunstancia de haberse ocupado Mr. Whitworth en nuevos experimentos cuyo objeto es defenderse contra las baterías flotantes forradas de hierro.

La última prueba hecha en Southport empezó con una carga de tres libras á un grado muy bajo de elevacion; como de costumbre, el cañon se cargó y fue disparado por uno de los subalternos de Mr. Whitworth, y la facilidad y la rapidez con que se le manejaba escitaron la mayor admiracion entre los circunstantes. Lo que tambien la escitó fue una cartuchera de estaño, contigua al cañon, de forma exágona y de unas siete pulgadas de largo, con un agujero muy pequeño en la parte posterior, al través del cual el bota-fuegos enciende la pólvora. En la estremidad que está en contacto con la bala, hay un poco de grasa que, al derretirse por medio de la explosion, lubrica el ánima del cañon en toda su longitud. La importancia de esta cartuchera consiste en que, al paso que permite el uso de una materia lubricante en toda la estension del ánima, evita enteramente la necesidad del escobillon en la recámara de la pieza, la cual, despues de un dia de fuego sostenido, queda tan limpia y reluciente como si no se la hubiese tocado. En efecto, por este medio se quitan todas las impurezas ó residuos que la pólvora deja en el interior del cañon hasta que este se limpia para la siguiente carga. Todo el que haya visto la esmerada limpieza que necesita el cañon de Armstrong, y haya observado el tiempo que se invierte en esta operacion, despues de cada disparo, podrá convencerse de la utilidad, bajo ambos conceptos, de esta cartuchera.

Por lo que respecta á la facilidad del transporte, á la supresion de las eventualidades de incendios casuales, y las condiciones que la aseguran contra la humedad, su superioridad á la cartuchera de flanela, es evidente. Otra circunstancia que pareció agrandar igualmente á los militares é ingenieros, es la gran sencillez con que se carga el cañon Whitworth, y el doble tornillo que lo cierra por fuera, en lugar de cerrarlo por dentro, como ocurre en el cañon de Armstrong. La sencillez de su mecanismo es tal, que permite á un mismo artillero cargarlo y descargarlo con igual facilidad; y á la circunstancia de hallarse el tornillo en la parte exterior, en lugar de estar en una cámara especialmente dispuesta para él, se debe que el cañon de Whitworth sea tan á propósito para hacer fuego con balas esféricas como con balas cónicas, sea cual fuere su alcance. Cuando la cureña esté dispuesta, Mr. Whitworth se propone hacer fuego con una gran carga á treinta y cinco grados de elevacion. Una de las objeciones que al principio se hicieron contra la rapidez del tiro del cañon de que hablamos, fue la resistencia que el rayado opondria al paso de la bala, y por consiguiente el peligro de que aquel reventara; pero esta objecion, que bajo el punto

de vista teórico, parece fundada, no lo es en la práctica, pues vemos que, con un pedazo de cuerda atada á uno de los proyectiles de Mr. Whitworth, un movimiento vigoroso de la mano basta para sacarlo desde la recámara hasta la boca.

Los primeros nueve disparos se hicieron con una carga de tres libras á nueve grados de elevacion, en unos seis minutos. El blanco estaba situado en cada uno, como á unas mil seiscientas varas de distancia, no habiendo escedido de una vara la diferencia de esta. La carga de doce libras dió un resultado medio á cinco grados de elevacion, y todas las balas, que fueron diez, dieron, desde dos mil doscienta noventa á dos mil trescientas cincuenta varas del blanco, como á dos varas y media de la verdadera línea. Pero á solo dos grados de elevacion, es de poderoso efecto el uso de esta pieza; el blanco estaba por término medio, en este caso, á mil doscientas cincuenta varas, y la diferencia fue generalmente de una tercia, hacia la derecha.

Otros ensayos que igualmente se practicaron con cargas mucho mayores, presentaron grandes dificultades, á causa de las desventajas de la cureña de madera, colocada sobre tablas en la arena, por lo que fue preciso abandonar los experimentos, despues de cuatro descargas. Esto, no obstante, se renovaron al dia siguiente, á una elevacion de siete grados, hallándose el blanco á tres mil quinientas varas, y siendo la desviacion del proyectil de seis piés á la derecha.

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLES

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION).

No es posible dejar de compadecer vivamente la miserable condicion de esas infelices, al pensar en su continua sujecion, que las priva de aire y las condena á vivir en comun, á pesar de sus eternas rivalidades; tormento al cual la soledad seria ciertamente preferible; no se puede concebir una existencia mas triste y monotona. Añádase á esto que su dueño y todos cuantos las rodean las miran con el mas profundo desprecio, y que el hombre cuyo brutales apetitos están obligadas á satisfacer, no las considera sino como las esclavas de sus caprichos y deseos, al paso que ellas deben mostrarle un respeto y una sumision sin limites, tributando á un hombre á quien no pueden amar ni estimar mas que lo que él las estima y ama, un culto que solo se debe á la Divinidad...

Al cabo de tres semanas, Muley-Absulem se encontraba notablemente mejor, pues empezaba á distinguir bastante bien los objetos y á leer los caracteres gruesos, y pronto pudo escribir por sí mismo á su padre dándole parte de la mejoría que esperimentaba. En los primeros accesos de su alegria, prometió á Lemprieres que si lograba curarle radicalmente, la recompensa que le daria seria proporcionada á la importancia del servicio que le habia prestado. El médico gozaba entonces de tal manera de su favor, que podia verle á todas horas, y aun mientras estaba con sus mujeres: distincion hasta allí sin ejemplo.

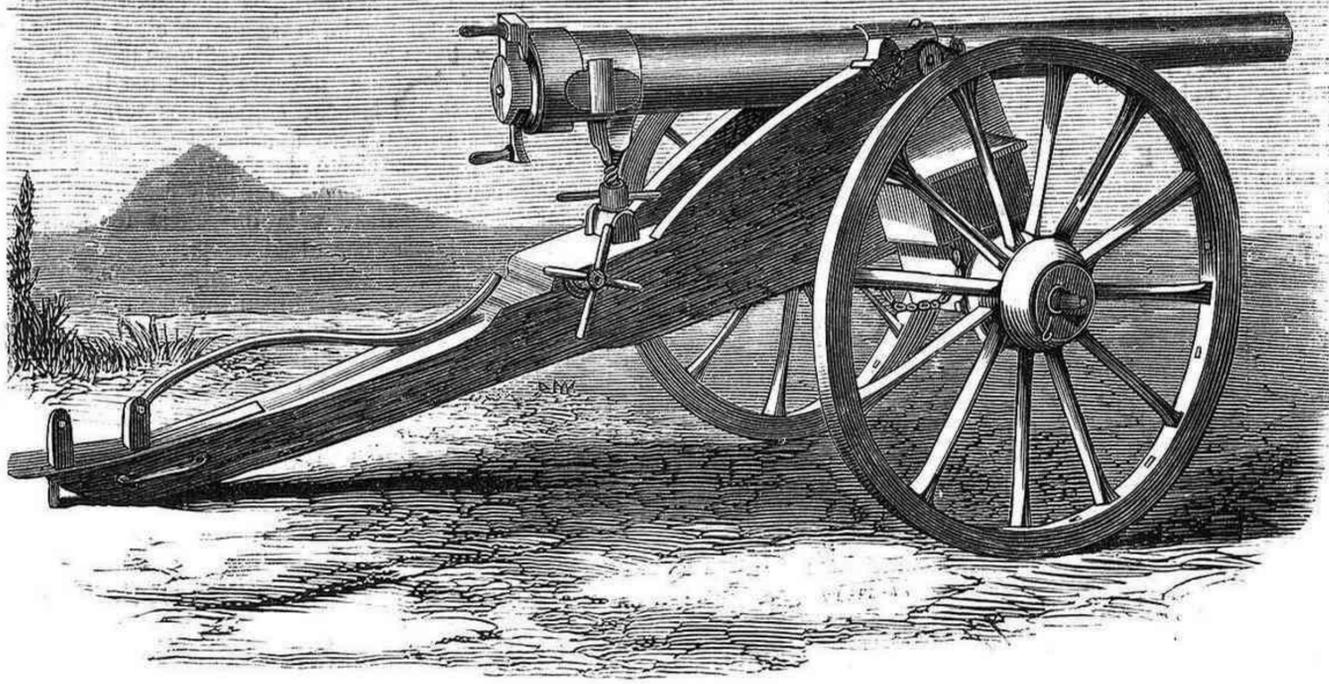
El príncipe pasaba horas enteras haciendo preguntas á Lemprieres, acerca de las costumbres europeas, pero especialmente acerca de las leyes y del gobierno de su patria, y todo revelaba en él un vivo deseo de instruirse.

Muley-Absulem tenia cerca de treinta y cinco años; su estatura era mediana, y su rostro estaba completamente desfigurado por su enfermedad. Ya se ha dicho que tenia una catarata en el ojo derecho, y que en el izquierdo padecia una continua y violenta convulsion. Su color era atezado y tenia la dentadura destruida por la caries. Vemos, pues, que era muy feo, y que no podia ser grande la felicidad de las mujeres destinadas á sus placeres.

El traje del príncipe no se diferenciaba del de los demás moros, sino por una sencilla cinta de seda encarnada, atada en su turbante, adorno que constituia uno de los signos distintivos de la familia imperial. Cuando Lemprieres le fue presentado en Tarudante, el príncipe vestia un manto muy ancho de paño color de escarlata, forrado de pieles, al cual los moros dan el nombre de *caftan*. Algunos marroquíes usan trajes tan ricos como los de los príncipes y aun como los del mismo emperador.

El séquito de Muley-Absulem se componia de unos pocos soldados, de unos pajes que nunca se separaban de él, de algunos eunucos negros y de gran número de esclavos.

Antes de descender á la condicion de mera capital de provincia, Tarudante era la capital del reino, cuando Marruecos se componia de muchos pequeños Estados. Está situada en una vasta llanura casi inculta, á veinte millas al Mediodia del monte Atlas, y se la tiene por la ciudad fronteriza del Imperio Marroquí por la parte de los desiertos de Zahara y del territorio de los Ouled Denon, que el emperador pretende siempre someter á su yugo, al que ellos se resisten. La gran distancia de



CAÑON DE WHITWORTH.

la residencia del gobierno hace que esos pueblos sean independientes, y no obedezcan sino a sus propios caudillos, pues aunque reconocen al emperador como jefe supremo de la religion, no quieren que se intruse en su gobierno interior. Estos árabes, reunidos en pequeñas tribus, solo viven de la rapiña y la depredacion, á las que se presta perfectamente su vida nómada, pues no fijan en parte alguna sus tiendas; dícese que llegan hasta el fondo de la Nigracia para robar negros. Profesan la religion mahometana, que entre ellos no es sino una absurda idolatría; dan gran valor á las abluciones, y como suelen escasear de agua en los desiertos que habitan, se sirven de arena para cumplir este precepto de la ley de Mahoma. Los desgraciados que naufragan en sus costas, lo pasan muy mal.

La antigua muralla de Tarudante está medio destruída; las casas, hechas de tierra, solo ocupan una parte de su recinto, y no tienen sino un piso; todas tienen un jardín, por lo cual están bastante separadas entre sí; esto da á la ciudad el aspecto de una grande y hermosa quinta, rodeada por todas partes de datileros y palmeras, mas altas que las casas.

Las habitaciones, bajas é incómodas, están ocupadas por fabricantes y artesanos. Las personas de alto rango no viven en la ciudad, sino en el palacio, y no son consideradas como ciudadanos de Tarudante. La gran distancia que media entre una y otra casa y la poca regularidad de su construcción, apenas permiten calcular con exactitud la poblacion de Tarudante; no obstante, puede juzgarse por su estension, que es una de las ciudades mas pobladas del Imperio. Su principal comercio consiste en la fabricacion de hermosos *hicks*; muchos artesanos se emplean igualmente en trabajar el cobre que en abundancia produce una mina situada en las inmediaciones.

Hay ademas dos mercados á la semana para el consumo de los habitantes; para vender los camellos y mulas es preciso observar rigurosas formalidades, pues solo los agentes del gobierno encargados del cobro de las contribuciones impuestas á la venta de dichos animales, están autorizados para esponerlos en el mercado.

Los judios viven en un miserable barrio distante un cuarto de legua de la ciudad, y son muy tiranizados por los moros, pues el desprecio con que estos les miran llega hasta obligarlos á entrar descalzos en la poblacion. El palacio de Muley-Absulem tiene dependencias de gran estension, y está en el camino de Tarudante á Darbeyda: su posicion en medio de un jardín lo hace muy agradable. Este palacio está dividido en tres partes: el príncipe ocupa la primera, sus hijos la segunda, y la tercera está destinada á sus cortesanos y las personas de su séquito.

La mejoría del príncipe era ya muy notable; para cerciorarse de si podia distinguir los objetos pequeños, el doctor le presentó un dia su reloj, preguntándole qué hora era, á lo que el enfermo contestó acertadamente, y para probar á aquel que veia muy bien, le dió que su reloj era viejo y no de moda; y tomando de aquí ocasion para ofrecerle otro, le regaló uno de oro mucho mas elegante. La manera con que fue hecho este obsequio le añadió mucho valor, y Lemprieres concibió una favorable idea de la generosidad del príncipe, que sin embargo, no quedó justificada por su ulterior conducta

hacia él, pues solo se mostró liberal mientras supuso que podia serle útil, olvidando completamente sus servicios, cuando creyó que podia prescindir de sus desvelos.

La situacion del doctor nada tenia de envidiable, pues el populacho le insultaba con una osadia estimulada por la impunidad, siendo en vano que se quejase de las groserías é insolencias de que era objeto, pues érale imposible conseguir se le hiciese justicia alguna.

Un mes habia transcurrido desde que se habia encargado de la curacion de Muley-Absulem, cuando supo que el emperador habia escrito á este mandándole prepararse para una peregrinacion á la Meca. Al comunicar esta noticia á su médico, el príncipe le dió que le llevaria consigo á Marruecos, y que luego le acompañaria á Fez y Mequinez, desde donde podria volverse con una escolta que le daria. Este viaje, le decia el príncipe, le proporcionaria la oportunidad de ver todas las hermosas ciudades del Imperio, y de hablar de ellas á sus hermanos los cristianos.

Sin embargo, Muley-Absulem no debia emprender su peregrinacion, sino hasta que tan largo viaje no se opusiese á su curacion; pero sus ojos estaban ya en tan buen estado, que podia prometerse que en breve dejaria de necesitar los auxilios de su médico. Al verle hacer los preparativos de partida, Lemprieres creyó llegado el momento oportuno de hablarle de nueve marineros ingleses, que con su capitán Dwing, gemian en duro cautiverio, y cuya libertad le habia sido prometida como premio de sus desvelos facultativos.

En Tarudante no habia un solo europeo con quien Lemprieres pudiese conversar un rato; así es que el dia le parecia insoporablemente largo, y ademas de esto, la ciudad estaba situada en la parte mas desagradable del Imperio de Marruecos. Fatigábanle las consultas y llovian sobre él las injurias. ¿Cómo no hallarse arrepentido de haber hecho tal viaje? Su valor no tenia otro estímulo que la esperanza de abandonar pronto tan bárbaro pais.

Afectóle mucho, por consiguiente, una orden en que el emperador le mandaba trasladarse inmediatamente á Marruecos, no concibiendo por qué se le obligaba á abandonar á Muley-Absulem, precisamente cuando este no cesaba de elogiar sus talentos á su padre. En vano pidió la esplicacion de este hecho, pues no pudo adquirir noticia alguna acerca del particular.

Negarse á obedecer el orden del emperador hubiera sido una locura inútil. Lemprieres estaba, por lo demás, seguro de la salud del príncipe, que estaba infinitamente mejor, y se decidió á hacer un viaje que en realidad le halagaba muy poco, pero que su imaginacion le hizo entrever despues bajo un aspecto mas agradable. ¿Cuán grande debia ser su desencanto! Un reloj de oro, un mal caballo y algunos *rixdals*, que á la fuerza le hicieron tomar, fueron la única y magnífica recompensa que debió á un príncipe por quien habia hecho un penoso viaje de cerca de doscientas leguas, y á quien acababa de devolver la vista.

Despues de prescribir á su enfermo el régimen que debia observar, el doctor salió de Tarudante el 30 de noviembre á las ocho de la mañana, llegando temprano al pié del monte Atlas, distante veinte millas de aquella ciudad. No queriendo pasar adelante aquel dia,

hizo armar su tienda al lado de algunas cabanas habitadas por moros muy pobres. Todo el pais que desde Tarudante habia atravesado, estaba cubierto de bosques. Al amanecer del dia siguiente emprendió de nuevo su camino, en el cual érale forzoso subir el monte Atlas por un sendero muy estrecho y penoso, á causa de la elevacion prodigiosa de aquellas montañas y de los peñascos de que está cubierto.

No bien hubo andado la primera milla, cuando se vió rodeado de precipicios. El camino, en muchos lugares, era una senda que solo permitia el paso á una cabalgadura, y á derecha é izquierda se extendian espantosos precipicios. A las dos de la tarde nuestro viajero se halló al pié de una montaña que le habia causado no pocos temores, y allí resolvió descansar el resto del dia.

Al salir el sol, continuó su marcha por aquellas terribles montañas, cuyo fin no pudo ver hasta las seis de la tarde. Esta jornada habia sido tan fatigosa para él, que no bien vió armada su tienda, se acostó y quedó dormido sin interrupcion, hasta el dia siguiente: por la mañana, al salir de su tienda, contempló estasiado el hermoso valle que anuncia las llanuras de Marruecos. Esta encantadora perspectiva le entusiasmó de tal modo, que no acertaba á alejarse del punto desde que disfrutaba de ella. Con igual sentimiento abandonó aquellas imponentes montañas, cuyas pintorescas vistas ofrecian un magnífico espectáculo á su curiosidad.

«El Atlas, dice Lemprieres, es una cadena de altísimas montañas, cortadas por profundos valles, que se estiende de Oriente á Occidente de la Berbería, y está dividida en dos partes: la occidental se llama el Gran

Atlas, y la oriental el Pequeño Atlas. La altura de estas montañas es tal, especialmente en la parte que mira á la ciudad de Marruecos, que á pesar de su situacion al Mediodía de un país terriblemente cálido, sus cumbres están cubiertas de nieve todo el año. Cuando Muley-Absulem salió de Tarudante en el mes de enero, para trasladarse á Marruecos, la nieve caia con abundancia, y esto duró hasta su llegada; todas aquellas montañas presentaban entonces un aspecto tan glacial como si perteneciesen á las regiones mas polares. El frio es tan intenso en sus cimas, que ningun animal puede soportarlo. Los *Brebes* que se habian atrevido á subir hasta la parte mas alta de la cordillera, habian perecido; por lo que, atemorizados los que debian seguirles, r procedieron precipitadamente.

(Se continuará.)

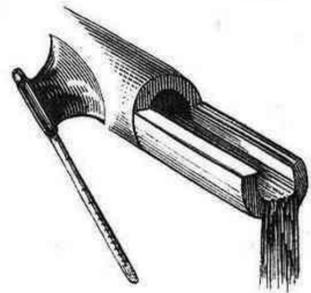
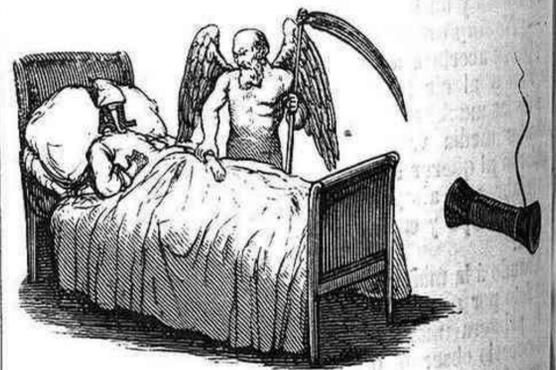
AVISO.

Los señores suscritores por trimestres se servirán renovar la suscripcion sino quieren experimentar retraso en el recibo del próximo número.

Geroglífico.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Entre santa y santo parel de cal y canto.



La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG. EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

ot
el
en
su
sue
sur
tu

Jai
ráp
Ma
su
pre
cor
tes
bue
lue
Cár
su
por
el c
bar
dir
dar
ger
en
der
á C
can
lo